



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Garategaray, Martina

Entre el pluralismo y el unanimismo : la revista Unidos



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Garategaray, M. (2011). *Entre el pluralismo y el unanimismo : la revista Unidos*. *Revista de ciencias sociales*, 3(20), 157-173. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1534>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Martina Garategaray

Entre el pluralismo y el unanimismo: la revista *Unidos*¹

El pueblo no preexiste al hecho de invocarlo y de buscarlo: es construido. Esta construcción está en el fondo en el corazón de la política moderna. Pero ella toma una forma particularmente aguda hoy en día. El reforzado borramiento de los puntos de referencia sociales que nosotros conocemos radicaliza en efecto la cuestión de la figuración del pueblo, haciendo más manifiesta la superposición de la exigencia democrática y del trabajo de dar forma a lo social.²

PIERRE ROSANVALLON, *El pueblo inhallable*

En la tradición política justicialista “peronismo”, “Perón” y “pueblo” se imbricaron de un modo singular y circular; el grado de identificación entre los tres términos permitía un encadenamiento de afirmaciones (“peronismo” era “Perón”, “Perón” era “el pueblo” y “el pueblo” era lógicamente peronista) que durante años fue el cimiento sobre el que se constituyeron las “verdades peronistas” articuladas por Juan Perón y la identidad

del movimiento que llevaba por marca su nombre. Esta situación, en la que una imagen se remitía inexorablemente a la otra, encontró un límite con la muerte de Perón y la derrota electoral.

La circularidad hacía que cualquiera de los puntos de la cadena se remitiera a otro de modo sinonímico, es decir que cada punto sea igual al resto. No obstante, “Perón”, el significante Perón, era el nombre de la totalidad, de la comunidad

¹ Este artículo concentra algunos de los argumentos de la tesis de Maestría en Historia, “Unidos en la identidad peronista. La revista *Unidos* entre el legado nacional y popular y la democracia liberal (1983-1991), UDTT, 2009. Agradezco especialmente los comentarios de mi director, Carlos Altamirano, y del grupo de investigadores del Programa de Historia Intelectual, de la Universidad Nacional de Quilmes.

² “Le peuple ne préexiste pas au fait de l’invoquer et de le rechercher: il est à construire. Cette construction est en son fond au cœur de la politique moderne. Mais elle prend une forme particulièrement aiguë aujourd’hui. L’effacement renforcé des points de repère sociaux que nous connaissons radicalise en effet la question de la figuration du peuple, rendant plus manifeste la superposition de l’exigence démocratique et du travail de mise en forme du social”, Pierre Rosanvallon, *Le peuple introuvable*.

organizada y, por ende, se convertía en el garante de la misma. Entonces, al ser “Perón” el nombre del ensamble, el articulador, su muerte fue el primer límite a este juego de identificaciones, pero sus consecuencias recién se tornaron manifestaciones para el peronismo con la derrota de 1983 y el divorcio del “pueblo”.

En estas páginas nos centraremos en el modo que la revista *Unidos*, que sale por primera vez en marzo de 1983 y por última en agosto de 1991, con el epígrafe “el 2000 nos encontrará unidos o dominados”, repone al peronismo en los años de la vuelta a la democracia a partir del desafío de reconfigurar su núcleo identitario. Y lo hace a partir de un singular diálogo entre la tradición unanimista y los valores de la democracia pluralista.

Los discípulos del león herbívoro

Perón murió sin declarar “un” heredero y sin que el movimiento que llevaba su nombre se institucionalizara, a pesar de haber afirmado en varias oportunidades que el hombre no vence al tiempo, sino que es la organización lo único que puede vencerlo. Si bien la organización como estandarte para vencer al tiempo aparece muy temprano en el discurso de Perón, la misma nunca se llevó a cabo y en su última presidencia la Juventud Peronista se convirtió en un gran obstáculo para dicha empresa, lo que lo llevó a invitarla a organizarse “sobre la base de la discusión de ideas” y “la lucha, sí, pero por la idea” (Perón, 1986, discurso ante la legislatura el 1 de mayo de 1974). En este camino enfatizaba:

Solo la idea vence al tiempo. Hagamos de ella nuestro medio esencial para la

lucha interna; institucionalicemos la lucha por la idea y usemos todo nuestro patriotismo para dar más potencia a la institucionalización de este proceso nacional (Perón, 1986, Prólogo).

Esta institucionalización de las ideas era, en primer lugar y hacia adentro del movimiento, un intento por evitar desviaciones y, en segundo lugar, un modo de institucionalizar el proceso nacional hacia afuera; era el modo de regular el pluralismo dentro del proyecto nacional; reconocer la pluralidad de actores en el diálogo político y solicitar su apoyo a la empresa de reconstrucción nacional.

En los años de la “vuelta a la democracia”, frente a la interna peronista para definir las candidaturas en vista a los próximos comicios de octubre, salía la revista *Unidos*, explícitamente siguiendo la huella del General. En su primera editorial y bajo el título de “Quiénes somos” se presentaba de este modo:

Esta publicación es el resultado del encuentro de un conjunto de militantes peronistas que, desde diferentes opciones coyunturales, acordamos contribuir al proceso de institucionalizar la lucha por las ideas.

[...] la revista no es la expresión de una línea, sector o agrupamiento sino vehículo de la diversidad de matices que conforman un mismo sistema de pensamiento.

[...] Más allá de la insuperable obra doctrinaria que nos legara la relación entre el General Perón y su pueblo, el pensamiento justicialista, se enriquece a partir de los aportes que conducen a hacer de la idea, uno de los principales instrumentos de la lucha política. Las ideas, junto a la organización, ayudan a vencer

al tiempo, sino también le oponen un muro infranqueable al oportunismo o la desviación (Editorial, “Quiénes Somos”, *Unidos*, N° 1, mayo de 1983, p. 3).

De este modo, hacían desembarcar por primera vez para una fuerza política como el peronismo un proyecto político cultural que buscaba institucionalizar el debate y la disputa ideológica. Pero, ¿quiénes son los *unidos*? ¿Y por qué podían encarar dicha empresa?

Dirigida por Carlos “Chacho” Álvarez, su Consejo de Redacción estaba integrado en todos o algunos de los números por Arturo Armada, Pablo Bergel, Hugo Chumbita, Cecilia Delpech, Salvador Ferla, Horacio González, Norberto Ivancich, Oscar Landi, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Diana Dukelsky, Enrique Martínez, Claudio Lozano, Ernesto López, Vicente Palermo, Víctor

Pesce, Felipe Solá y Mario Wainfeld. Los colaboradores eran José Pablo Feinmann, Álvaro Abós, Nicolás Casullo, Artemio López, Julio Godio, Daniel García Delgado y Alcira Argumedo.³

Autodefinidos “milитantes peronistas”, cada uno podía reivindicar su individualidad, “la diversidad de matices”, pero conformando “un mismo sistema de pensamiento”, es decir como miembros del peronismo y también como miembros de una generación. Para Mario Wainfeld (en entrevista, 3 de octubre de 2006), “*Unidos* fue un intento de intervención de un grupo generacional”, y lo precisaba de este modo en la revista:

[...] quienes nos asomamos a la política en la década de 1960 y contamos hoy entre 30 y 40 años, más o menos. Esta generación política, que formó la gloriosa JP de 1973 quiso participar y

³ La composición de la revista sufrió algunas alteraciones desde 1983 hasta 1991, como también su tirada y la periodicidad con la que salió. Desde el primer número el director fue Carlos Álvarez, quien fue reemplazado en el número 20, al asumir como diputado, por Mario Wainfeld, quien se incorporó a la revista en el número 3 junto a Vicente Palermo, Roberto Marafioti y Arturo Armada, e integró con este último la Secretaría de Redacción. Norberto Ivancich era el único que acompañó todos los números de la revista desde el comienzo. En el número 4 se sumó Salvador Ferla hasta su muerte (número 10); en el número 5, Felipe Solá, hasta el 20, que integró el gobierno justicialista. Desde el 6 hasta el 7, Enrique Martínez. En su caso coincide su abandono con la aceptación del cargo de Subsecretario de la Pequeña y Mediana Empresa, que no fue bien recibido por los del Consejo de Redacción de *Unidos*. En el número 9 Chumbita, Pesce y González se hacen “unidos” hasta el final. Ernesto López integró el Consejo en el número 11/12 también hasta el número 23; en el 15 se incorporaron: Pablo Bergel (hasta el 20), Cecilia Delpech (hasta el final), Diana Dukelsky (solo este y el número siguiente), Oscar Landi (hasta el final), Claudio Lozano (hasta el 20). La última incorporación fue la de Mona Moncalvillo en el número 16, hasta el 23. La tirada de *Unidos* tuvo su pico entre los números 7/8, de diciembre de 1985, y el número 19, de octubre de 1988 (coincidiendo con el ascenso renovador hasta la interna del PJ), tiempos en los que pasó de ser cuatrimestral a bimestral y mucho más abultada en cantidad de páginas. En aquel entonces las tiradas llegaron a los 3.000 ejemplares, con un porcentaje muy bajo de devoluciones, una fracción importante de las ventas era por canales militantes que las compraban y luego repartían o revendían. Los dos primeros números respetaron la idea inicial de ser un revista bimestral (N° 1, mayo de 1983 y N° 2, julio de 1983). Sin embargo, frente a la derrota el número 3 salió recién en agosto de 1984; de ahí hasta el número 6 intenta respetar una salida cuatrimestral (N° 4, diciembre de 1984; N° 5, abril de 1985; N° 6, agosto de 1985). Será con el número 7/8 que se instaura una modalidad bimestral que alterna con la cuatrimestral hasta el número 19 (N° 7/8, diciembre de 1985; N° 9 de abril de 1986; N° 10, junio de 1986; N° 11/12, octubre de 1986; N° 13, diciembre de 1986; N° 14, abril de 1987; N° 15, agosto de 1987; N° 16, octubre de 1987; N° 17, diciembre de 1987; N° 18, abril de 1988; N° 19, octubre de 1988). De ahí hasta su último número salió casi una vez al año, haciendo más que manifiesta la crisis que atravesaba el peronismo (N° 20, abril de 1989; N° 21, mayo de 1990; N° 22, diciembre de 1990 y N° 23, agosto de 1991).

comprometerse, quiso una revolución para la Argentina, se sacrificó, militó y pavimentó con su sangre el camino de la hoy naciente democracia (Wainfeld, Mario, “Hace diez años sabíamos soñar”, *Unidos*, N° 4, diciembre de 1984, p. 4).

Una generación que provenía de “heterogéneos orígenes” pero cuya marca fundacional estaba dada por los años de proscripción peronista y de militancia. A modo ilustrativo: Carlos “Chacho” Álvarez dio sus primeros pasos en política en el peronismo de izquierda. Comenzó a interesarse en la política dentro de los grupos ligados a la entonces CGT de los Argentinos, opositora al régimen militar de Juan Carlos Onganía y en la década de 1970 fundó sucesivamente FORPE y 17 de Noviembre, agrupaciones que se inscribían dentro del denominado peronismo revolucionario, pero no acordaban con la estrategia de lucha violenta que sustentaban las organizaciones armadas. Norberto Ivancich militaba en la década de 1970 en CEP (Comandos Estudiantiles Peronistas) y Roberto Marafioti en FANDEP (Federación Nacional de Estudiantes Peronistas), ambas agrupaciones que junto a CENAP en Filosofía y Letras (UBA) y otras agrupaciones estudiantiles de distintas facultades formaron la JUP (Juventud Universitaria Peronista) que se extendió hasta 1975 para

confluir después en la JUP Lealtad. Mario Wainfeld estuvo vinculado al Frente Estudiantil Nacional, militó en la JUP (Montoneros) y después en la JUP Lealtad. Horacio González participaba en los primeros años de la década del setenta en el FEN (Frente Estudiantil Nacional). Vicente Palermo venía del Grupo de los Demetrios, “el Encuadramiento, que era una agrupación que podría ubicarse en el mismo lugar del espectro político, en un imaginario perfil derecha-izquierda y en otro populismo-liberalismo, que la Guardia de Hierro de la JP pero más intelectual y más sectaria” (entrevistas, 5 de diciembre de 2006 y 15 de marzo de 2007). Víctor Pesce estuvo en las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) hasta 1974, más cerca de la FAP 17 de octubre de Jorge Rulli y Envar “Cachito” El Kadri que se desarmaron con la llegada del gobierno popular. Más cerca de la intervención cultural, Arturo Armada había dirigido en esos años la revista *Envido*.⁴

Un grupo diverso cuya unidad había sido animada en la década de 1970 por un proyecto político y que en los albores de la vuelta a la democracia, en el marco de una empresa cultural, era convocado por Carlos “Chacho” Álvarez en la Unidad Básica de Gurruchaga, cerca de Plaza Serrano.⁵

De este modo, y uniendo los tempranos setenta a los ochenta, se ubicaban en

⁴ *Envido* se presentaba como publicación de la Juventud Peronista de izquierda vinculada al proyecto del “socialismo nacional”, que “es el proyecto implícito en el peronismo”, y como caja de resonancia del pensamiento del Movimiento de los Sacerdotes para el Tercer Mundo. Sus 10 números salieron entre julio de 1970 y noviembre de 1973. Dirigida por Arturo Armada, en su Consejo de Redacción estaban: Domingo Bresci, José Pablo Feinmann, Manuel Fernández López, Carlos A. Gil, Santiago González y Bruno Roura. En el número 5 de marzo de 1972 se incorporó Horacio González.

⁵ Como circuito de sociabilidades de los miembros de *Unidos* hemos podido reconstruir como lugares de encuentro, previos al surgimiento de la revista: el espacio dado por la universidad durante la década de 1970 (González recuerda que Álvarez fue su alumno), la revista *Envido* (en la que Armada y Álvarez se conocieron porque este último le acercó un documento para el número 5), el Kiosco, que durante los años del proceso tenían Norberto Ivancich

el pasado y en el presente como hombres de ideas, pero no ajenos a la política, como poseedores de un capital cultural que les permitía moverse con cierta facilidad en ambos terrenos sin quedar presos de ningún rótulo en particular. Por un lado, escapar del mote elitista y ajeno a las preocupaciones nacionales y al pueblo que los intelectuales solían tener para la tradición justicialista.⁶ Por el otro, evitar que la revista se convirtiera en órgano de partido. En sus palabras, tanto “militantes peronistas” como intelectuales comprometidos y críticos, una opción que desde el imaginario democrático parecía posible y compatible.⁷

En ese camino los miembros de *Unidos* podían contribuir a “institucionalizar

la lucha por la idea”, porque en la década de 1970 habían sabido sortear “el oportunismo y la desviación” (al romper con la JP Tendencia y su brazo armado, Montoneros, para formar la Juventud Peronista Lealtad) y porque eran hombres de ideas.⁸ Esto es, erigían a la idea como la frontera misma que les permitía reconocer quiénes estaban adentro y afuera del justicialismo, quiénes eran los “verdaderos peronistas” (Altamirano, 1992). Y por qué no, también cuál era el “verdadero Perón”.

Perón Unido

La vuelta de Perón en 1973 estuvo signada por su propia autodefinición: “vuelvo

y Carlos Álvarez en Coronel Díaz y Las Heras, y la revista *Visperas*, que acompañaba el proyecto político de Deolindo Bittel y que fue publicada en Buenos Aires por un grupo de militantes peronistas entre diciembre de 1979 a julio de 1982. Sus primeros integrantes constituyeron, en buena medida, el grupo original de *Unidos*; ese grupo original estuvo formado por Carlos “Chacho” Álvarez (director) y Darío P. Alessandro, Carlos Corach y Norberto Ivancich. En septiembre de 1980 se sumó Víctor “Tito” Pandolfi, en diciembre de 1980, Andrés Carrasco y en diciembre de 1981, Ricardo Agazzi, Javier Anauati, Mario Font Guido, Leandro Gil Ibarra (en los números 7 y 8), Alberto Iribarne, Eduardo Moreno y Jorge Urriza (en los números 7 y 8). En el número 8 se sumó Héctor Bueno, en el número 9, José Luis Alemany y Marcelo Kohan, en el número 10, Adolfo Rimedio, Carlos Nine y Julio Nine. Cuando *Unidos* comienza a salir, los miembros se nuclearon en la Unidad Básica de Gurruchaga y en torno a la librería Premier, en la que se comercializaba la revista (donde trabajaba Víctor Pesce, que pasa a incorporarse a la publicación).

⁶ Este era tanto un lugar común como incómodo para la intelectualidad peronista. Un lugar común en el que la *intelligentzia* era criticada por su divorcio con la realidad y con lo nacional. Y un lugar incómodo para todos los que se propusieran desarrollar un proyecto político cultural desde el peronismo.

⁷ Algunos artículos se proponen problematizar la relación entre intelectuales y política, como “Democracia y cambio social. Mesa redonda en la sede del ILET entre miembros directivos de *Punto de Vista*: Carlos Altamirano, José Aricó, Juan Carlos Portantiero y otros del área peronista: Alcira Argumedo, Nicolás Casullo, Julio Bárbaro, Carlos ‘Chacho’ Álvarez y Vicente Palermo”, en *Unidos* N° 6, agosto de 1985. Y en el número doble siguiente de diciembre de 1985: “El intelectual de los años ochenta por Ariel Bignami (columnista director de Cuadernos de cultura), Sergio Bufano (narrador y periodista miembro del Club Socialista), Nicolás Casullo, Horacio González, Luis Gregorich (radical, crítico literario y presidente de Eudeba) y Aníbal Ford (peronista, narrador y ensayista)”.

⁸ En palabras de Norberto Ivancich en el diario *La Opinión*, el 1 de agosto de 1974: “Lealtad es, ante todo, una corriente de defensa y salvaguarda de la doctrina peronista y nos constituimos en vigilantes ante los imperialismos. No estamos solo contra el conocido imperialismo que establece la dependencia económica, sino también contra el que quiere incorporarnos una ideología que no es la peronista...”, el imperialismo marxista. Lealtad nació como negación orientada a la crítica y al ataque de la Tendencia, en defensa del proyecto de Perón, pero no logró convertirse en una propuesta clara. Tanto la muerte del General como el golpe del 24 de marzo de 1976 pusieron su proyecto en suspenso.

como un león herbívoro y seré prenda de paz entre los argentinos”. Esta imagen dual y contradictoria dio lugar a toda una serie de interpretaciones sobre su último mandato, aquellas dispuestas a enfatizar el cambio de Perón, su actitud conciliadora, dispuesta a la unidad nacional: el Perón de la democracia integrada;⁹ y otras que enfatizaban que el discurso de Perón era el mismo de siempre y que consistía en la deslegitimación del adversario y su reducción a pura negatividad: el Perón autoritario.¹⁰

En palabras de Oscar Landi, quien no solo colaboraba en *Unidos* sino que era un referente intelectual para sus miembros:

En su tercera presidencia, Perón ya no era solo el líder de la corriente mayoritaria. Quizás, antes que ello, aspiraba a convertirse en el agente central de reconstrucción de un orden político nacional. Era un Perón ambivalente, que debía compatibilizar dos funciones diferentes y que se mostró, casi permanentemente, intentando situar su figura por encima de las disputas políticas, llegando a criticar públicamente a su Movimiento, buscando ser el sostén mismo del terreno en que los conflictos podían tener lugar legítimamente. Si cabe la expresión, era un Perón, en cierto sentido, desperonizado, condicionado por el objetivo de que el Movimiento Peronista fuese el eje de recomposición institucional del país (Landi, 1978, p. 1373).

⁹ En palabras de Guido Di Tella: “Perón y su movimiento se comportaban en la forma que se había esperado, como auténticos miembros del sistema... El gobierno parecía en camino hacia un futuro más pacífico y predecible” (1983, p. 116); o en palabras de Liliana de Riz: “Dispuesto al diálogo con los partidos, defensor de la democracia, el Perón de 1973 aparecía como un nuevo Perón, enriquecido por su experiencia de exilio europeo” (2007, p. 130).

¹⁰ Para Verón y Sigal, el dispositivo discursivo era el mismo, consistía en el “vaciamiento del campo político”, esto es la capacidad de “colocar al Otro en una posición desplazada o desfasada con respecto al eje que define la posición del enunciador” (1986, p. 71).

Esta expresión de “Perón desperonizado”, de un líder que rompe con su movimiento para trascenderlo, que se erige como “puente” entre el peronismo como corriente mayoritaria y la nación argentina hacia la pacificación, tendrá gran influencia en la mirada que sobre Perón se construye en la revista.

En *Unidos* podía leerse como epílogo de su última presidencia:

Si hubiera que sintetizar la tragedia del período que va desde el regreso de Perón, en noviembre de 1972, hasta su muerte, bastaría decir que Perón advirtió que solo una sólida unión nacional de los sectores, tendencias internas, partidos, etc. nos salvaría del desastre, y que –al mismo tiempo– la mayoría de los integrantes de la comunidad –aún los que apoyábamos y creíamos en Perón– nos desgastábamos y debilitábamos en luchas internas mientras el enemigo se preparaba para destruir a tirios y troyanos” (Wainfeld, Mario, “El gobierno peronista 1973-1976: el rodrigazo”, *Unidos*, N° 1, mayo de 1983, p. 24).

Perón percibió el cambio:

Podría decirse que hasta fines de la década del sesenta, Perón se dirigía solamente a los peronistas; de ahí en adelante se propone dialogar con toda la sociedad política, en un esfuerzo deliberado, tanto por mejorar las condiciones generales de

convivencia política democrática, como por ampliar las bases de sustentación del proyecto político del Movimiento Nacional (Palermo, Vicente y Daniel García Delgado, “Notas sobre el Movimiento Nacional”, *Unidos*, N° 1, mayo de 1983, p. 66).

En esta revalorización del último Perón, del Perón de la unidad, no es llamativo que se reproduzca entero el discurso del 12 de junio de 1974. En primer lugar, porque en el mismo se hacía explícito que muchos “partidarios” no se ponían al servicio de la defensa del proyecto nacional, mientras Perón, por encima del movimiento, se presentaba como prenda de paz: “yo vine al país para unir”, “yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional”, “yo vine al país para brindarle seguridad a nuestros conciudadanos y lanzar una revolución en paz y armonía”. En segundo lugar, porque revalorizaba la política, la política democrática como herramienta de transformación, inaugurando una era de conciliación y consenso, muy a tono con la vuelta de la democracia, en la que “el problema argentino es un problema político” cuya solución es el “resultado de la convergencia de todos los argentinos” (“Mensajes de Perón del 12 de junio de 1974”, *Unidos*, N° 2, julio de 1983, pp. 4-7).

Junto a estos discursos y bajo el título “El tercer gobierno de Perón”, podía leerse en la pluma de Álvarez:

En su tercera presidencia, Perón trascendió el espacio propio del Movimiento Peronista. En el plano interno, sus esfuerzos se encaminaron hacia la consolidación de un esquema de fuerzas que superaba el apoyo partidario.

El proyecto lo situaba a Perón como el centro de gravedad de la reconstitución

del orden político nacional [...]. La unidad buscada tendía a ser la expresión orgánica de la conciencia nacional en procura de encontrar su cauce definitivo (Álvarez, Carlos, “El tercer gobierno de Perón”, *Unidos*, N° 2, julio de 1983, p. 51).

Si bien el “Chacho” hacía alusión a la capacidad de Perón de trascender el espacio del Movimiento, reconocía también la centralidad de Perón. Creemos que es posible afirmar, parafraseando a Landi, que bajo los pliegues de esta “desperonización” hay una tendencia a una “hiperperonización”; si bien se enfatiza que la nueva lógica política tiende a desbordar los límites tradicionales del peronismo, dicha lógica se repliega sobre la figura de Perón.

La apertura que suponía trascender el espacio peronista, el llamado a la pluralidad extrapartidaria, llevaba inscriptos sus propios límites: ser “la expresión orgánica de la conciencia nacional”, es decir que la heterogeneidad solo podía darse en la unidad, una unidad nacional que llevaba la marca del peronismo y de Perón (y, por qué no, de aquellos que después de su muerte supieran interpretar su legado).

Es así que el consenso pluralista como telón de fondo era asimilado en la tradición justicialista no como un consenso emergente de la diferencia entre mayorías y minorías o como suma de partes, sino, parafraseando a Rousseau, como el reconocimiento de aquello que hay en común entre los hombres, un sustrato común que llevaba el nombre de la “conciencia nacional”. En otras palabras, un pluralismo unanimista.

En esta línea, Álvarez buscaba resaltar el carácter pluralista y conciliador de Perón:

La revalorización de la democracia representativa es el nuevo elemento en el discurso político de Perón, siempre centrado en la temática de los derechos sociales, y en las vinculaciones entre el líder y la masa como eje del sistema político. [...]

En la nueva estrategia doctrinaria encontrarán cabida contenidos pluralistas antes ausentes u oscuros. Estos nuevos contenidos coexisten con las formas de participación social que imponen los nuevos tiempos y las nuevas circunstancias. El concepto de democracia social e integrada venía a enriquecer el concepto político –ideológico de la comunidad organizada. [...]

Esta síntesis entre lo nuevo y lo viejo en su cuerpo doctrinario, le permitía a Perón ensanchar la base social del Movimiento, tendiendo a la universalización, y contrariando la sectarización común a los partidos liberales (Álvarez, Carlos, “El tercer gobierno de Perón”, *Unidos*, N° 2, julio de 1983, pp. 51, 53 y 54).

El último Perón, tal como venimos afirmando, era presentado como el baluarte de la democracia y la unidad; democracia entendida como unidad y que encontraba su encarnación en Perón, como figura en torno a la cual se abroquelaba la heterogeneidad compositiva del peronismo. En esta mirada, si el peronismo asume ropajes democrático-liberales o contenidos pluralistas es para superarlos tendiendo a la universalización.

En vista a las elecciones resultaba consecuente que se revalorizara el último Perón, al que buscaba trascender los particularismos en aras de la unidad del espacio político social, al del abrazo con Balbín, del “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”, de la

democracia integrada y plural; pero todas estas imágenes del líder se sustentaban en un Perón que se reconocía único vocero del ser nacional y garante de la unidad esencialista.

En palabras de Horacio González, Perón era un “General con la conciencia desdichada: buscaba la unidad pero cavaba trincheras”. Sin embargo, en su última presidencia había emprendido el camino de la “superación”.

[...] a pesar de los momentos de exilio, lucha y conflicto, su vocación esencial era la de un forjador de totalidades doradas e indivisas, dónde todas las potencias en discordia fueran (en lo posible claramente) reconciliadas. Si llamamos a esto comunidad organizada, no estamos muy lejos de lo que podíamos considerar como la más precisa inclinación del pensamiento político del viejo líder. [...]

En 1973 dijo venir desencarnado... Lo que quería decir era que finalmente consideraba cerrado el período del peronismo como identidad de lucha, o simplemente, como identidad que precisaba de un espacio político nacional aún escindiendo para desarrollarse (González, Horacio, “El General de la conciencia desdichada”, *Unidos*, N° 5, abril 1985, p. 48).

Se ubicaba de este modo a la última presidencia de Perón, al último Perón, como el momento del cierre final de las aparentes contradicciones. Si bien Perón fogueaba los antagonismos con la misma intensidad con que pregona la unidad, esta lógica poseía cierta linealidad en la revista, en la que mientras el pasado (tanto del peronismo como de todas las fuerzas políticas) era identificado con los años de lucha y las diferencias irreconciliables, el futuro de

la humanidad era la unidad y la conciliación que Perón había sabido interpretar. Estos eran el Perón y el peronismo que buscaban hacer suyos:

Perón se dio cuenta (tarde) que para gobernar debía desarmar al peronismo. Debía volver a meter los demonios dentro de la caja de pandora. Digo que Perón lo advirtió, que su propuesta política era básicamente correcta (añado, insuperada hasta hoy) pero que comenzó tarde a desacelerar. [...]

Perón hizo lo que pudo al volver y no le alcanzó. En parte fue culpa suya. En mayor medida lo fue de toda la estructura política argentina que se conjuró para excluirlo y proscribirlo 18 años. En parte fue la situación nacional enrarecida y pervertida por la violencia. En parte la miopía suicida del empresariado nacional que optó por el golpismo y el genocidio para contrarrestar el control de precios. Y los Montoneros, y la burocracia sindical... (Wainfeld, Mario, "Volvé viejo, te perdonamos", *Unidos*, N° 13, diciembre de 1986, p. 14).

En tanto "discípulos del león herbívoro" (Armada, Arturo, "Crónica de los últimos 60 días. Azules, colorados y Morados: sobre héroes y trampas", *Unidos*, N° 2, julio de 1983, p. 17), *Unidos* apostaba a concretar dicha empresa: meter los demonios en la caja de pandora.

Peronismo y democracia

La relación entre peronismo y democracia liberal no fue fácil para buena parte de las fuerzas políticas y la intelectualidad argentinas. Si el movimiento fue reacio a aceptar una democracia liberal,

que caracterizaban como falta de contenido, y las fuerzas políticas opositoras al peronismo le negaban atributos democráticos, identificándolo con el fascismo y el autoritarismo, el vínculo entre ambos se tornaba complejo. En la década de 1980 y de la mano de la imagen de la "vuelta a la democracia", el peronismo en la revista buscó resignificar esta relación frente a las inminentes elecciones y frente a la denuncia de Alfonsín, que se conoció como "el pacto militar-sindical", en la que se acusaba a Lorenzo Miguel, líder de la "columna vertebral", y a Nicolaidis, Trimarco y Suárez Mason, como exponentes del Proceso, de tramar una conspiración antidemocrática.

Podía leerse en *Unidos*:

El peronismo es democrático, no solo por su vocación y condición mayoritarias sino porque está dispuesto, tal como lo vienen afirmando sus dirigentes más representativos, a *respetar las reglas del juego político y a respetar a las minorías*, de cualquier índole siempre y cuando esas minorías respeten a su vez aquellas reglas del juego y no identifiquen intereses espurios con los intereses de la Nación o con sus derechos de ciudadanos libres y responsables (Armada, "Crónica de los últimos 60 días. Azules, colorados y morados: sobre héroes y trampas", *Unidos*, N° 2, julio de 1983, p. 19).

La naturalidad del democratismo peronista se presenta como verdad inocultable: si la democracia es el gobierno del pueblo y el peronismo el movimiento popular, por ende mayoritario, inevitablemente el peronismo se presentaba como la encarnación democrática. Pero también lo era porque reconocía las reglas del juego político, asociadas a la de-

mocracia formal o procedimental y por el respeto a las minorías.

Sin embargo, al decir que solo a las minorías que no identifiquen sus “intereses espurios con los de la nación” recuperaba aquel núcleo esencialista de la tradición política justicialista, que hacía de su movimiento la expresión y “él” intérprete de los intereses nacionales. Dicho de otro modo, se reconocía un espacio plural en el que coexistían minorías y mayorías, pero que volvía a cerrarse en torno a “la nación” una.

“La nación” era puesta en el centro del debate con un desplazamiento en el que se la identificaba con la democracia. En palabras de Álvarez:

En torno a definir este nuevo peronismo también debemos redefinir aliados y enemigos, sabiendo que la democracia no es un valor antagónico al de nación. Ambos, democracia y nación, sistema y sustancia, tienen los mismos enemigos: las minorías económicas y políticas, aliadas objetivas de la estrategia de dominación externa (Álvarez, Carlos, “Bases para un programa de gobierno”, *Unidos*, N° 1, mayo de 1983, p. 39).

Frente a un contexto histórico que incompatibilizaba “nación y democracia”, porque “lo nacional” había sido apropiado por parte de los militares de la última dictadura, ligándolo al autoritarismo y a la guerra de Malvinas, y que pretendía desterrar de la política la noción de “enemigo”, en *Unidos* se recuperaban estas banderas tan caras a su tradición. En otras palabras, asumir la democracia pero recuperar el carácter conflictivo y belicoso de la política, junto a su capacidad transformadora. Parafraseando a Carl Schmitt, si “la sustancia de lo po-

lítico no es la enemistad pura y simple sino la posibilidad de distinguir entre el amigo y el enemigo y el poder presuponer tanto al amigo como el enemigo” (Schmitt, 1991, p. 186), los enemigos son la posibilidad misma de una identidad. Sin alteridad, sin un otro a excluir que no necesariamente es siempre igual a sí mismo, nuevamente en palabras de Schmitt, un enemigo real pero no absoluto, resulta imposible pensar los límites de una identidad.

La democracia que reivindicaba el peronismo nucleado en la revista se tornaba singular. Por un lado, se fundaba en los nuevos aires que reconocían al pluralismo como un baluarte político y social; pero, por el otro, respondía al ideario nacional y popular en el cual el pueblo, bastión democrático, era uno y peronista. De esta mezcla resultaba un discurso democrático que si bien reafirmaba el pasado también buscaba dejarlo atrás, y así enfrentaron los comicios de 1983.

Por primera vez en la historia el partido justicialista fue vencido por el radicalismo en elecciones libres. Esta sorprendente derrota, hasta para los miembros de *Unidos* que vaticinaban un peronismo victorioso, se convirtió en el punto de partida para pensar el modo de reconfiguración del “peronismo sin Perón” para volver a ser “el movimiento del pueblo”. En ese camino, la derrota no fue solo un parate importante en la publicación, que recién vuelve a salir en agosto de 1984, sino el punto de partida para reactualizar el vínculo entre el peronismo y “el pueblo”. Reactualizar suponía poner una palanca a las identificaciones circulares (peronismo-Perón-pueblo) y esta era la tarea que emprendió la revista para sobrevivir a Perón.

Perón había sido un hábil conductor en el arte de lo popular y había sabido encadenar las partes de la sociedad al todo que suponía la comunidad organizada; en otras palabras, las partes al fundamento que suponía el pueblo. Sin Perón y en un nuevo contexto que revalorizaba aún más las partes como piezas del todo, *Unidos* se proponía reactivar el fundamento nacional y popular.

Si la derrota electoral fue un quiebre importante en la tradición justicialista en la voz de *Unidos*, esa ruptura no implicó desterrar ciertos componentes del discurso peronista sino que tendió a reafirmarlos, fijando su posición en la desprestigiada épica nacional y popular.

Álvarez analizaba lo sucedido en el número de *Unidos* posterior a la debacle electoral. “Los principios” eran los mismos de siempre y “no constituyeron una mera elaboración personal o partidaria, sino que sistematizaron valores subyacentes que conforman el ser histórico de la nación, como pueblo en lucha por su realización” (Álvarez, “El peronismo se transforma o se muere”, *Unidos*, N° 3, agosto de 1984).

Al distinguir valores subyacentes de elaboraciones personales, Juan Perón era para Álvarez una, y solo una, de las elaboraciones personales de un sustrato esencialista y trascendental: “el ser de la nación”. De este modo, aun sin la presencia del General, era posible para *Unidos* (una posibilidad esperanzada) reponer al peronismo en escena y a su capacidad de interpelación y constitución del sujeto popular. El camino para ello era reactivar la esencia liberadora que suponía el peronismo y que llevaba a la completa identificación entre el movimiento y el pueblo oprimido.

Los principios se presentaban como

inmutables en el tiempo, por lo que la asincronía que había representado la derrota en el devenir del peronismo descansaba en un desvío del proyecto. El fracaso de la propuesta política era producto de una mala lectura de los valores populares; de ahí que la tarea fuese “comprender el estado actual de la conciencia de la sociedad, para desde allí ofrecer, desde un nuevo peronismo, un camino alternativo de una democracia distinta”. ¿Pero, cuál era esa democracia? En sus palabras:

Una propuesta de democracia nacional y popular, superadora de la opción liberal-popular y diferente de la del nacionalismo elitista y autoritario, necesita para su despliegue profundizar un diagnóstico de la sociedad que nos permita actualizar el conocimiento sobre la composición, las características, los comportamientos y las expectativas de los actores sociales, sobre los que debe operar aquella propuesta. Significa definir con precisión a los enemigos de la nación, o sea los sectores que objetivamente se benefician de nuestra condición de país periférico y dependiente. Esto implica devolverle claridad al concepto de oligarquía (Álvarez, “El peronismo se transforma o se muere”, *Unidos*, N° 3, agosto de 1984, p. 10).

Así presentada, esta democracia reivindicaba enemigos, noción contraria al pluralismo y cercana a viejas modalidades de representación del antagonismo, y reactivaba categorías centrales del acervo peronista como la de oligarquía, que se había tornado obsoleta en los últimos tiempos. Solo “la devolución de claridad al concepto de oligarquía” en un esquema relacional de constitución

de identidades podía dar lugar al pueblo como su opuesto, recuperando una modalidad de la representación del antagonismo en términos clásicos. Era una propuesta, una solución que parecía demandar más y no menos del “modelo nacional popular”.

Pero el sujeto popular era revisitado con una particularidad: “no como si fueran un sujeto dado, un sujeto terminado en sí mismo y que puede ser considerado sin tener en cuenta las diferencias individuales, sectoriales, sociales [...]” (Álvarez, Carlos, “El peronismo se transforma o se muere”, *Unidos*, N° 3, agosto de 1984, p. 29). ¿Era este un tributo al pluralismo como cimiento de lo social o un síntoma de la implosión de las identidades monolíticas? Sigamos el argumento de Álvarez:

Está un pueblo, confuso en su identidad, quebrado como conciencia colectiva que necesita recrear su poder, su fuerza, para defender una democracia con contenido, un sistema sustancial, que le devuelva su protagonismo y su dignidad social. (Álvarez, Carlos, “El peronismo se transforma o se muere”, *Unidos*, N° 3, agosto de 1984, p. 36).

Las divisiones y particularismos son la fisura en el pueblo, una confusión en su identidad peronista de pertenencia. Por ello, para recuperar su protagonismo o llenar las grietas era necesario reactivar el sustrato nacional y popular. Lo que no suponía negar al pluralismo sino reconocerlo cerrado en torno a una unidad sustancial.

En palabras de Palermo:

Es desde esta diversidad [...] que debe encararse la tarea de recuperación de

capacidades de acción y consolidación de estilos políticos [...]. Pero esa diversidad no solamente consiste en diferentes identidades políticas; la tensión entre fuerzas políticas y movimientos sociales también está presente.

[...] Y no hay, en la actualidad, proyecto alguno en marcha que apunte a una nueva articulación de los sectores sociales cuya soldadura es condición indispensable para la liberación nacional y la transformación social (Palermo, Vicente, “Construcción del poder popular (primera parte)”, *Unidos*, N° 3, agosto de 1984, p. 83).

Pero la unidad, la soldadura, no podía concretarse desde una sola identidad política. Esto es, si bien el sujeto popular había mostrado diversas caras, solo una nueva identidad que combinase en su interior antiguas identificaciones políticas y partes del campo popular podía recrear el “paraíso perdido”. Para ello era necesario “unir lo que aparece como disperso”, como un “campo de conflictos y divergencias” para poder “constituir poco a poco un conjunto de articulaciones que hagan posible lo que, hasta ahora, solemos dar por constituido: la unidad de los sectores populares” (Palermo, Vicente, “Construcción del poder popular (Parte 2)”, *Unidos*, 4, diciembre de 1984, p. 84). Unir lo que “aparece” era otro modo de reconocer la pluralidad en una posible y necesaria unidad hacia la liberación. Sin embargo, la unidad en el argumento de Palermo solo podía darse desde la diversidad.

La victoria del radicalismo significó reconocer que el movimiento era una parte más del sistema político argentino; que ya no era automáticamente el

pueblo y la nación, sino que representaba una parte tanto política como social, pero también, aunque parezca paradójico, indicó para el peronismo nucleado en la revista caminos de regeneración de esa mítica unidad; una reactualización del peronismo que ya no identificaba la parte con el todo del sistema, fácilmente asimilable a experiencias autoritarias, sino que identificaba la parte con su fundamento: “el pueblo”. Era el modo en el que desde la revista el peronismo oscilaba entre la diversidad y la unidad; plurales los interlocutores, pero uno el fundamento.

En otras palabras, *Unidos* se debatía entre un legado que suponía al pueblo existente, desorganizado pero presente como un sujeto unitario y monolítico que podía ser invocado nuevamente, y un discurso, más a tono con el signo de los tiempos que enfatizaban el fin de las totalidades y la implosión de las certezas, en el que el pueblo, diverso y plural, solo podía ser (re)inventado en la construcción política.

Unidos en el peronismo

La revista-libro *Unidos* acompañó los avatares del peronismo; apoyó el surgimiento y la consolidación de la Renovación Peronista en 1985 y 1987 respectivamente, a la línea de Cafiero en las internas justicialistas de 1988 y, en diciembre de 1989, la emergencia del Grupo de los 8 como bloque opositor al menemismo.¹¹ Frente a lo que vislumbraban como una nueva instancia de recomposición, la revista fue redefiniendo

do al peronismo, en una clave cercana al modo en el que Perón lo había hecho allá por 1973.

Después de la elección del “Chacho” Álvarez como diputado nacional por el justicialismo la dirección de *Unidos* recayó en Mario Wainfeld, quien esbozaba de este modo los caminos a seguir:

Para recomponer identidades es necesario preservar aquello que sea rescatable de la peronista. El peronismo siempre tuvo “exceso de significados”; este menemismo los ha llevado al paroxismo. El peronismo que debe seguir siendo es el de (por decir algunos ejemplos variados y para nada taxativos) Ubaldini, Los 8, Mary Sanches, Pino Solanas, De Gennaro, (¿por qué no decirlo?), *Unidos*; Dolina, Litto Nebia.

[...] La finalidad es recuperar el peronismo... Si esa bandera y esa herramienta se izarán y se usarán dentro del PJ o en una nueva identidad partidaria es —por ahora— una cuestión secundaria (Wainfeld, Mario, “Ni vergüenza de haber sido ni dolor de ya no ser”, *Unidos*, N° 21, mayo de 1990, p. 17).

El exceso de significados no había desbordado los límites del peronismo mientras Perón supo contener la heterogeneidad del movimiento. Sin Perón el exceso parecía inevitable, sin embargo *Unidos* se apropiaba de la capacidad que antaño desempeñara el General, identificando el peronismo “que debía seguir siendo” frente al que no: el menemismo. Aunque se arrogaba esa potestad, reeditaba una experiencia pasada que llevaba la marca de Perón:

¹¹ Excede las intenciones de este artículo ahondar en las apuestas políticas de la revista y en los avatares del propio peronismo, que han sido exploradas en otros lugares. Véase Garategaray (2005, 2008 y 2009).

[El peronismo] en esta última etapa de su historia debe ser sustento de un nuevo frente nacional y popular que espigue –entre otras– la mejor (que no toda) tradición peronista, la “mezcle” con la socialista, la social cristiana, la democrática, la de los movimientos sociales y la ponga al servicio de las banderas de reparación moral, austeridad, orden, nacionalismo y justicia [...]

Es necesario construir nuevas identidades políticas que sinteticen un “campo popular” carente de solidez y hasta de hegemonías. (Wainfeld, Mario “Sin red”, *Unidos*, N° 22, diciembre de 1990, pp. 9-10).

Wainfeld llamaba a la concreción de un nuevo Frente, plural por la múltiple convergencia con otras identidades políticas, pero que se reconocía sustentado en el peronismo como garantía de dicha unidad. Un Frente que suponía el diálogo, a partir de un común denominador, con otros. Es así que *Unidos* se proponía:

[...] preservar la propia voz (nadie asume el esfuerzo de publicar si no puede hacerse oír) pero también ser caja de resonancia de debate con peronistas no fracturistas; con radicales “recuperables”; con la inorgánica izquierda argentina, *Unidos* aspira a que todo debate sobre la Argentina deseable y posible recorra sus páginas...

[...] La búsqueda de una nueva identidad política conlleva la necesidad de buscar el máximo posible de interlocutores, ampliar los márgenes del debate (Wainfeld, “Dios es Gorila”, *Unidos*, N° 23, agosto de 1991, p. 15).

Ampliar los márgenes del debate era el modo de llevar al límite “la lucha por la idea”, y traspasar ese límite llevaba

a *Unidos* inevitablemente a abandonar al peronismo. La revista había hecho de la institucionalización de la lucha por la idea su propósito explícito en el primer editorial, pero la misma era un arma de doble filo. Por un lado, las ideas se erigían como garantía de pluralidad, de debate deliberativo, pero por el otro, al ser el “muro infranqueable al oportunismo y la desviación”, eran un cierre a ese mismo debate y hacían de la revista custodia y defensora de la médula nacional popular, deslegitimando a otros interlocutores.

Supo jugar en un terreno dual, hacia adentro y hacia fuera de la identidad peronista; combinaba cierta apertura hacia otras tradiciones políticas e ideológicas, lo que les permitía entablar el diálogo con los alfonsinistas y otras fuerzas políticas, y hacia adentro del peronismo, cierto repliegue que anulaba las disputas. Frente a Menem, en lo que consideraban un abandono de la esencia del movimiento, solo era posible ser peronista abandonando las siglas de pertenencia.

Coexistían así dos discursos que aparentemente reconocían diversos destinatarios, un discurso plural hacia tradicionales “otros” del peronismo, que eran convocados a conformar un Frente, y un discurso que hacia adentro no parecía contemplar ni pluralismo ni tolerancia frente a lo que interpretaban como “desvíos” o accidentes.

Este último número se titulaba “Juntar los pedazos”, y a modo de epílogo se enfatizaba que “juntar los pedazos es tarea que excede a esta revista, acaso a esta generación” (Editorial “Juntar los pedazos”, *Unidos*, N° 23, agosto de 1991, p. 6). Fue Carlos “Chacho” Álvarez, en ese entonces miembro del Grupo de los 8

junto a Germán Abdala, Darío Alessandro, Juan Pablo Cafiero, Luis Brunatti, Franco Caviglia, José Ramos y Moisés Fontella, quien supo llevar más lejos la necesidad de buscar el máximo posible de interlocutores y, por qué no, juntar los pedazos.¹²

Comentarios finales

En este recorrido exploramos los modos en los que se imbricaron el pluralismo y el unanimismo bajo los dobleces de la lucha por la idea en la revista *Unidos*. Cómo se articuló la tradición unanimista, que consideraba al pueblo uno y peronista, con los valores de la democracia pluralista, que enfatizaba la diversidad de actores en la escena política. Una imbricación que tenía lugar en un contexto específico, en el que se cuestionaba al peronismo por su poca profesión democrática y se hacía evidente la crisis de la identidad peronista signada por el fin de sus símbolos medulares: Perón y pueblo.

La desaparición física del General y la derrota electoral fueron el terreno a partir del cual *Unidos* encaró la resignificación del peronismo, y, apelando al legado peronista que en el último Perón supo tener su mejor enunciador, lo hizo a partir del cruce entre el pluralismo y el unanimismo.

De este modo la revista recupera al último Perón como el baluarte de la democracia y también de la unidad y el

proyecto nacional, y al peronismo como movimiento democrático en tanto expresa al pueblo y respeta a las minorías. Frente a los avatares del peronismo, la revista llama, en un contexto de fragmentación social y de implosión de las tradicionales identidades, a reconstituir al pueblo; reconstrucción que asume la forma de un *Frente* plural pero sustentado en el peronismo. Podríamos decir, entonces, que es el propio Perón en su última presidencia la expresión del pluralismo unanimista que se evoca desde las páginas de *Unidos*.

Si *Unidos* se refiere al último Perón como el líder de todos los argentinos, que había abandonado los vestigios autoritarios para erigirse en bastión de la pluralidad y la democracia integrada, como un “Perón desperonizado” en la imagen de Landi, y, tal como afirmamos, se propone continuar la empresa que quedó trunca en los setenta siguiendo la huella del General, ¿es posible pensar que transita un camino similar? ¿Es el llamado a un Frente y a la construcción de una nueva identidad un proceso similar de desperonización?

Creemos que *Unidos* pasó de presentarse como un espacio peronista a ser caja de resonancia de plurales interlocutores, pasó de definir las claves de la identidad peronista a convocar a una nueva unidad: un Frente capaz de nuclear a varias identidades políticas, y en este proceso transitó caminos similares a los de Perón en la década de 1970.

¹² En 1991 Álvarez rompió definitivamente con el partido peronista y formó primero el MODEJUSO y después el FREDEJUSO, en 1993 constituyó el Frente Grande, formado por sectores en disidencia con el Partido Justicialista y otros provenientes de la Democracia Cristiana y de agrupaciones de izquierda, y a fines de 1994 surgió el Frepaso (Frente País Solidario), integrado por el Frente Grande, PAIS (del exjusticialista Octavio Bordón), la Unidad Socialista y un sector de la Democracia Cristiana. Ya para 1997 formó, junto a la UCR, la Alianza (Alianza por el Trabajo, la Educación y la Justicia). Después de su renuncia a la vicepresidencia de la República y de algunos años apartado de la escena pública, desde 2005 es presidente de la Comisión de Representantes del Mercosur.

Sin embargo, en este cruce, ¿es posible insinuar, como apuntábamos a partir de las palabras de Álvarez, que la desperonización encubre una hiperperonización?, ¿es esta desperonización la que les permite renunciar al peronismo para seguir siendo, valga la paradoja, los “verdaderos peronistas”?

En la década de 1980, años de transición, *Unidos* renuncia a las siglas de pertenencia llevando al extremo la lógica articuladora entre el pluralismo y el unanimismo. Y ofrece un modo de resolver dicha tensión; abandonar la tradicional identidad de referencia era la manera, singular por cierto, de mantenerse en el peronismo como “domicilio existencial”.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- Altamirano, Carlos (2004), “La lucha por la Idea: el proyecto de la renovación peronista”, en Novaro y Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Ensayos de Edhasa.
- (1992), “El peronismo verdadero”, *Punto de Vista*, N° 43, agosto.
- Brachetta, María Teresa (2005), “‘Refundar el peronismo’. La revista *Unidos* y el debate político ideológico en la transición democrática”, tesis de maestría en Ciencias Sociales, FLACSO.
- De Riz, Liliana (2007) [2000], *La política en suspenso 1966/1976. Historia Argentina*, tomo 8, Buenos Aires, Paidós.
- Di Tella, Guido (1983), *Perón-Perón, 1973-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- De Ípola, Emilio (1983), *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios Ediciones.
- Garategaray, Martina (2009), “Unidos en la identidad peronista: la revista *Unidos* entre el legado nacional y popular y la democracia liberal”, tesis de maestría en Historia, UTDT.
- (2008), “Más acá y más allá del peronismo: la renovación peronista (1983-1989)”, en II Jornadas de Estudios Políticos, 12 y 13 de noviembre de 2008, Universidad General Sarmiento.
- (2005), “El peronismo en transición: la democracia renovadora”, en VII Congreso de Nacional de Ciencia Política, SAAP, Universidad Católica de Córdoba, 15, 16, 17 y 18 de noviembre de 2005.
- Halperin Donghi, Tulio (1994), *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- y Chantal Mouffe (1987), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI editores.
- Landi, Oscar (1978), “La tercera presidencia de Perón. Gobierno de emergencia y crisis política”, *Documento CEDES*, N° 10, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad.
- Lefort, Claude (1990), *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Patiño, Roxana (1997), “Intelectuales en transición. Las revistas culturales en Argentina (1981-1987)”, *Cuadernos de Recienvenido*, N° 4, San Pablo, Departamento de Letras Modernas/FFLCH/USP.

- Perón, Juan Domingo (1986), *Modelo argentino para el proyecto nacional*, Buenos Aires, Ediciones Realidad Política.
- (1988), *Discursos completos 1973-1974*, tomos I al IV, Buenos Aires, Editorial Megafón.
- Portantiero, Juan Carlos y José Nun (1987), *Ensayos sobre la transición democrática*, Buenos Aires, Puntosur.
- Quiroga, Hugo y César Tcach (comps.) (2006), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Santa Fe, Homo Sapiens.
- Schmitt, Carl (2006) [1991], *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Editorial Struhart Cía.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1986), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Editorial Lagasa.
- Svampa, Maristella y Danilo Martuccelli (1997), *La plaza vacía: las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.
- Taguieff, Pierre-André (1996), “Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real”, en Piccone, Paul et al., *Populismo posmoderno*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

(Evaluado el 28 de diciembre de 2009.)

Autora

Martina Garategaray. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Programa de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes.

Publicaciones recientes:

—— (2009), “Christophe Charle, *El nacimiento de los ‘intelectuales’*”, *Prismas*, N° 13, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

—— (s/f), “Peronismo y democracia: la revista *Unidos* en el debate”. Disponible en <<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/garategaray.pdf>>.

—— (2008), “Más acá y más allá del peronismo: la renovación peronista (1983-1989)”, en las II Jornadas de Estudios Políticos “La política en la Argentina actual: nuevas formas de pensar viejos problemas”, 12 y Jueves 13 de noviembre de 2008, Universidad General Sarmiento, CD-rom.

Cómo citar este artículo:

Garategaray, Martina, “Entre el pluralismo y el unanimismo: la revista *Unidos*”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 3, N° 20, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2011, pp. 157-173.